

Acueducto: voladuras controladas

JOSE ANTONIO ABELLA

QUE la ignorancia es osada me parece un axioma tan incuestionable como el de que en nombre del conocimiento científico se han cometido no pocas atrocidades a lo largo de la Historia.

Partir de estas dos premisas de la globalidad para analizar comportamientos locales puede parecer pretencioso, pero lo cierto es que entre ellas se debaten muchas de las decisiones de nuestros representantes políticos, oposición incluida.

Con respecto a la ignorancia, hay que ser humilde y reconocer que no se puede pedir peras al olmo, y menos ahora que nos van quedando tan pocos. Puntualizo de antemano que, si acudo a esta sentencia de la sabiduría popular, es con el mayor de los respetos. No está en mis intenciones la ofensa gratuita, en cuyo caso habría dicho que lo que no se puede hacer es pedir guindas a los alcornoques.

Prefiero el significado metafórico del olmo: árboles de madera fuerte –y es que hay que ver lo que aguantan, carros y carretas–, porte esbelto –la apariencia, lejos de ser maquillaje de la esencia, es parte de la esencia misma– y últimamente, bastante faltos de savia –aunque la verdad es que nunca fueron destacables

por sus frutos, a los árboles me refiero–.

Seamos rigurosos pero comprensivos. Un representante de la ciudadanía es lo que su nombre indica: alguien que la representa, con sus mismas virtudes y sus mismos vicios, con similares aspiraciones y apatías, con un conocimiento y una ignorancia parecidos. Esto es normal y justo, como que haga frío en invierno y calor en verano. Ocurre, sin embargo, que algunos representantes son al mismo tiempo dirigentes; y ahí empiezan los problemas. Porque dirigir, que nadie se engañe, no es cosa fácil. Y hasta el más ignorante debe saber que no se puede hacer siempre desde la ignorancia. Es entonces cuando se acude al oráculo científico, a eso que en el idioma corriente denominamos los «técnicos» o los «expertos». Y aquí, precisamente, es donde nace muchas veces el segundo de los problemas; en ocasiones, bastante más grave que el primero. Está apañado quien piense que un técnico o un experto sabe todo lo que se puede saber sobre un problema concreto... Es que nunca ha debido necesitar de sus servicios para asuntos más intrincados que sacar una muela o reparar un grifo, por poner aproximaciones cotidianas, «enxiemplos» en el sentido del Conde Lucanor. Un ejemplo algo más complejo pero mu-

cho más jugoso es el que prometí desde estas columnas hace ya varias semanas; y con él nos iremos acercando, calle Real abajo, desde la Casa Consistorial hacia los mismos pilares del Acueducto.

Cuando el arco de San Martín, donde los reyes juraban respeto a los fueros de la ciudad antes de acceder a su recinto, se vio en trance de ser derribado para que por allí pasaran los tranvías (por cierto, pregunta para nota a los abanderados del progresismo de cochifrito y neumático: ¿cuándo pasó por Segovia un solo tranvía?), entonces, digo, hubo una cierta oposición ciudadana que obligó a que el Ayuntamiento consultara con un «experto», en este caso el famoso cronista don Carlos de Lecea. Pues bien, su dictamen técnico fue el siguiente: «...el arco y puerta de San Martín, de ningún mérito artístico ni monumental ni histórico». Tras esta sentencia de muerte, ya sólo por los viejos grabados podemos hacernos una idea del encanto irrecuperable –ni con el PRYCO– que este arco añadía a la calle Real.

Creo que este «enxiemplo» es suficientemente ilustrativo como para que los ciudadanos podamos y debamos recordar a nuestros representantes que en esa vía que une la ignorancia y el conocimiento hay una estación intermedia, con un letrero

para miopes que dice: Prudencia. Y esto, tan sencillo, hay que recordárselo a todos ellos, a los que gobiernan y a los que zancadillean desde posiciones cuyo adjetivo más benevolente es el de incomprensibles. Porque díganme ustedes, ¿cómo se quede atacar la ubicación de aparcamientos en el Salón –ataque al que me adhiero, por supuesto– y, por el contrario, todos a coro –PSOE, CDS e IU, armonizando sus voces en una cantinela tan ensayada como la de los niños de San Ildefonso– defender un aparcamiento subterráneo a cincuenta metros (¿cincuenta!) del Acueducto? ¿Qué es lo que hay que dinamitar con las voladuras controladas que los «expertos» proponen: el subsuelo granítico de la Plaza Oriental, los arcos del monumento, o al mismo señor alcalde y a su equipo, cuya inocencia no deja de enternecer a quienes todavía somos blandos de corazón?

No saben ustedes lo mucho que uno se hubiera alegrado de que aquel delicioso folleto electoral con que el PP ilustraba su proyecto del Salón –con sus arbolitos, sus florecitas y sus cochecitos de colores perfectamente alineados debajo del jardín– se hubiera referido a la Plaza Oriental: visto lo visto, sería la mejor garantía para que el Acueducto siga en pie.